

MÉTODOS CUALITATIVOS Y CUANTITATIVOS: EL CASO DE LA ARQUEOLOGÍA COLOMBIANA

Carl Henrik Langebaek*

Este artículo discute el impacto de los métodos cuantitativos y cualitativos en una de las áreas de las ciencias sociales en Colombia: la arqueología. Sostiene que ninguno de ellos ha cumplido con su potencial desarrollo. Los primeros porque se han limitado a ser "herramientas". Los segundos porque se han planteado exclusivamente como "reflexiones teóricas". En el caso de la arqueología sólo una integración entre métodos cualitativos y cuantitativos fortalecerá la disciplina, en lugar de la predominante antítesis que frecuentemente se traza entre ellos. Para este fin se plantea que tanto las aproximaciones cuantitativas como las cualitativas pueden servir a propuestas hegemónicas y excluyentes. Por lo tanto ninguna puede reclamar superioridad moral sobre la otra.

This article discusses the impact of quantitative and qualitative methods in Archaeology in Colombia. It proposes that none of the two methods has fulfilled its potential development due to the following: Quantitative methods have been limited to be "tools". And qualitative methods have been considered just as theoretical reflections. In the case of archaeology, only the integration between qualitative and quantitative methods will strength the discipline, instead of the predominant antithesis that is frequently drawn up between them. To do so, the article considers that both quantitative approaches as well as qualitative ones can serve to hegemonic and excluding proposals. Therefore none of them can demand moral superiority on the other.

Palabras clave: arqueología, métodos cuantitativos, métodos cualitativos.

* Departamento de Antropología - Universidad de los Andes. E-mail: clangeba@uniandes.edu.co

Cuando acepté escribir sobre métodos cualitativos confieso que sentí una reacción ambigua. Por un lado la arqueología, mi disciplina, de todas las ramas de la antropología, excepto la antropología física, es la más criticada (o defendida) por su cientifismo y pretensión de formalización cuantitativa. Pero, por otro lado, en Colombia, país que al fin y al cabo ha sido más de poetas que de matemáticos, la arqueología rara vez, y solo en tiempos muy recientes, ha aspirado a defender la validez de su cientificidad a partir de la formalización y aplicación de herramientas estadísticas y matemáticas. Personalmente me ha parecido que, pese a su enorme potencial, los arqueólogos colombianos han ignorado la aplicación de métodos cuantitativos rigurosos. Pero eso no quiere decir que abracen los métodos cualitativos de forma productiva. Cuando los conocen, rara vez los incorporan como “método” y sí como reflexión exclusivamente epistemológica. Definitivamente la cuestión parecía un buen motivo de reflexión. Por eso decidí preguntarme por la importancia de los métodos cualitativos y cuantitativos en la arqueología colombiana y establecer la trascendencia de esa distinción en el desarrollo y práctica del estudio del pasado en Colombia.

Investigación cuantitativa- investigación cualitativa

Antes algunas definiciones. Los métodos cualitativos han visto una enorme popularidad

en los últimos años, a medida que las ciencias naturales han dejado de representar el modelo ideal y único de conocimiento científico. Incluso la física y la química han empezado a incluirlos en su inventario metodológico. Lo cierto es que hoy en día muchos hablan de “métodos cualitativos”. Pero es evidente que no todos hacen referencia a lo mismo. Las ciencias naturales se refieren a ellos como el razonamiento no numérico que los humanos utilizan para estimar la solución o la posible solución a problemas, especialmente cuando existe “información incompleta”. Las ciencias sociales generalmente hablan de indagaciones que utilizan múltiples fuentes de conocimiento para investigar fenómenos en un contexto de vida real en el cual la frontera entre el fenómeno, su contenido y el investigador mismo no se diferencian claramente (Wimmer y Dominick 1996). Aquí entiendo por métodos cualitativos

las herramientas del razonamiento no numérico que admiten que la complejidad de los fenómenos sociales no se puede reducir a los análisis cuantitativos (ni a nada en específico) y que además no asume una distancia aséptica entre el fenómeno estudiado y el investigador.

Para la mayor parte de los investigadores, los métodos cualitativos rompen con el paradigma cientifista a favor de metodologías más amplias, flexibles y ricas que, de paso, retan a una “ciencia hegemónica” basada en el paradigma de las ciencias naturales y los métodos cuantitativos. Ciencia a la cual, por cierto, se le da el carácter de agente –independiente de sus actores– que aplasta gracias a sus “objetivos” métodos cuantitativos, otras formas de conocer. Se asume que los métodos cualitativos tienen esa fuerza liberadora por su propia naturaleza: implican un contacto prolongado con la situación de campo, incluso con su transcurrir banal de la realidad; la idea del investigador es ganar una visión holística, que integre las percepciones de los actores locales “desde adentro” y que, por tanto, pueda explicar las formas como la gente entiende, actúa y se desenvuelve; por último, la poca estandarización instrumental: el instrumento de mediación por excelencia en esta clase de investigaciones es el investigador mismo (Miles y Huberman 1994: 6-7).

Formulo que en la arqueología colombiana los métodos cuantitativos se han limitado a ser simples “herramientas de trabajo” que efectivamente han reducido la propuesta científica



Notables. Tundama, 1850

ca a un aspecto metodológico reduccionista, mientras que los métodos cualitativos no han pasado de limitarse a consideraciones epistemológicas. Por otra parte, quiero cuestionar que realmente se les pueda considerar propuestas antagónicas. Quiero preguntarme si los modelos hegemónicos se vinculan necesariamente con ciencias orientadas a la aplicación de métodos cuantitativos. También quiero mostrar que la aplicación de algunas de las características de los métodos cualitativos no implica automáticamente el desarrollo de una tradición reflexiva útil, al menos en cuanto a la arqueología, para conocer nuestro objeto de estudio. En el caso de la arqueología colombiana representa una doble tradición de desprecio por los métodos cuantitativos, ausencia de reflexividad crítica, y pretensiones hegemónicas de elite. Únicamente una seria consideración sobre cuál es el papel de los métodos cualitativos y cuál el de los métodos cuantitativos podrá contribuir a un estudio del pasado más riguroso, crítico y reflexivo. Y también no hegemónico.

La arqueología de la Ilustración

La arqueología, es necesario decirlo, surgió del afán de cuantificar, clasificar y formalizar, que caracterizó el nacimiento de las ciencias naturales. Y es que la arqueología ilustrada comenzó precisamente en la época en que el objetivo “científico” era equivalente a lo cuantificable.

En términos académicos, la mayor parte de los pensadores de la Ilustración mantuvo tres prin-

cipios. El primero fue que toda pregunta genuina podía responderse. El segundo, que todas las respuestas se podían aprender y enseñar. El tercero, que todas las respuestas debían ser comparables entre sí. Más aún, las proposiciones eran verdaderas o falsas desde un único patrón idealmente basado en la “razón”. Y la “razón”, a su vez, se concretaba en una serie de métodos cuantitativos basados en la idea de que el universo era un libro abierto (cognoscible) elaborado en un lenguaje que no podía ser otro que el de las matemáticas (Crosby 1998). En este contexto, dos interpretaciones muy diferentes sobre la misma cosa no podían ser ciertas al mismo tiempo: o una era cierta y la otra falsa, o las dos estaban equivocadas. Había que encontrar, mediante la poderosa razón humana, la que fuera verdadera.

En el arte, como en la ciencia, se exigía una representación lo más exacta posible de la naturaleza. El razonamiento cuantitativo, la contrastación de propuestas de acuerdo con un criterio universal de validez hacían parte del *programa* ilustrado.

En abstracto, estos principios son válidos, como *programa*, para la Ilustración americana, y por tanto, para el nacimiento de la mayor parte de las “ciencias” en este país. El sabio Caldas consideraba que aquello arquitectónicamente bello era también producto de la razón y ésta, sin duda, se podía expresar en términos matemáticos. Uno de sus más conocidos trabajos que se relacionan con el origen de la arqueología corresponde a las construcciones arqueológicas ecuatorianas, las cuales debían “observarse” y “medirse”. Caldas, desde luego, no estaba solo en esto. Las ilustraciones de la Expedición Botánica son un buen ejemplo de lo que se esperaba del arte y de la ciencia. Para representar la realidad tal “como era” los pintores de la Expedición debían pintar las plantas antes que perdieran su vitalidad, cuando aún conservaban sus colores. Debían ser una imagen perfecta de la “realidad”, tanto por su forma y colores como por su tamaño. La instrucción de Mutis consistió en que se dibujara con “agudeza científica” la naturaleza.

Aunque el programa de la arqueología encajaba perfectamente en la racionalidad cuantitativa de la Ilustración, es necesario admitir que nunca se desarrolló exactamente dentro de esa línea. Una cosa era el *programa* ilustrado y otra su aplicación. Caldas –y muchos de sus contemporáneos como Tadeo Lozano, Ulloa, Salazar y Rodríguez (Langebaek 2003)– hicieron un llamado a lo formal, basado en las ciencias naturales, del pasado. Al igual que había ocurrido con Linneo en el campo de la naturaleza, los primeros intentos formales de diferenciar estadios de evolución social surgieron precisamente de esta época. Esto hizo de la arqueología, entonces, el estudio de las “antigüedades”, una parte razonablemente importante de la agenda Ilustrada. Pero si se estudian los periódicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX (Langebaek 2003), la mayor parte de los criollos ilustrados enfatizó otros aspectos. A la hora de escribir sobre el pasado prehispanico optó por aquello que no resultaba medible o cuantificable. Rara vez acudió a los objetos o sitios arqueológicos. En

cambio se preocupó por el análisis de las sagradas escrituras, o de ideas más clásicas como la existencia de la Atlántida. Incluso por la empatía con el medio, especialmente con el de la Sabana de Bogotá y las tierras altas. Para entender el pasado los criollos acudieron a sus propias percepciones sobre lo que ese pasado “debía haber sido” en términos rigurosamente desligados del registro arqueológico, y de su estudio cuantitativo. Desde el *Papel Periódico Ilustrado*, publicado antes de la guerra de Independencia, hasta el *Correo del Orinoco*, que salió a la luz en plena guerra, no se encuentra un solo estudio cuyo referente sea el registro material. Mucho menos una aproximación cuantitativa, formalizada o clasificatoria, sobre las sociedades prehispánicas. En cambio, se pueden leer innumerables exaltaciones poéticas, sonetos, fábulas y martirologios en los cuales el pasado se apropió por parte de las elites como justificación en su lucha contra el sistema colonial español.

El pasado prehispánico –y la poesía y narrativa con que se apropió– no fue neutro. Sirvió para “naturalizar” las diferencias sociales de la Nueva Granada. Fue importante para unas elites interesadas en mostrar que, contrario a lo que habían planteado Buffon, de Pauw o Robertson, el medio americano no degeneraba, no empequeñecía a los animales y humanos. Observaciones aparentemente objetivas desde Europa empequeñecían a todo lo americano. Pero mientras en Norteamérica Jefferson, uno de los precursores de la arqueología, optó por jugar con las mismas reglas de los Ilustrados europeos, midiendo cuidadosa-

mente las especies americanas con el fin de mostrar que no eran más pequeñas que las europeas, la reacción criolla neogranadina, que debo agregar fue especialmente bogotana y payanesa, no siguió al pie de la letra ese programa. Cuando de apropiarse del pasado se trató, la poesía y la narrativa que exaltaron las glorias de los muiscas y la bondad del medio andino (en oposición a las tierras bajas) ocuparon, pese a todo, un lugar mucho más importante en la Nueva Granada, que la ciencia y su bagaje de métodos cuantitativos (Langebaek 2003).

El romanticismo y la arqueología

Aunque las raíces de la arqueología se hunden en la Ilustración, se supone que es una ciencia que se consolida con la tradición romántica. En términos filosóficos, la crítica romántica se basó en que la Ilustra-

ción ignoraba los sentimientos y las emociones, en beneficio de una “razón” que parecía, a juzgar por los resultados, bastante insensata. Se abogó entonces por “recuperar” la idea del carácter nacional y por estrechar el contacto con la naturaleza. El romanticismo en Europa rechazó la idea de progreso y defendió la reconstrucción de las tradiciones e instituciones locales, por la lengua y el carácter de los pueblos. Como asegura Martín-Barbero (1998), el romanticismo fue una “reacción”, pero no necesariamente fue “reaccionario”. Sin embargo, muchas veces efectivamente lo fue y, aunque por un camino muy distinto al de la Ilustración, llevó al desarrollo de nuevas formas de exclusión. Prueba de que existían unos “pueblos” más capaces que otros, era la tenaz resistencia que se había ofrecido en algunas partes a la “civilización”. La crítica a la Ilustración coincidió también con el privilegio que se le dio a la introspección, y la sensación de alienación. Se rechazó la idea de un conocimiento “objetivo” y de la validez de generalizaciones que fueran más allá del “espíritu” y “carácter” de pueblos específicos. Simultáneamente, se generó una profunda atracción, o bien por el pasado remoto, o por las sociedades exóticas.

La arqueología romántica colombiana se organizó en torno a la contemplación, en parte porque esta tendencia se articulaba mejor con las elites criollas que el afán de cuantificar, medir y verificar de la Ilustración. Los monumentos arqueológicos fueron considerados parte de un paisaje inspirador, a imitación de los miles de



Casa en la playa de Boquerones. Barbacoas, 1853

años de historia que contemplaron los soldados napoleónicos frente a las pirámides de Egipto. Se integraron como parte de un territorio por descubrir, escenario sobre el cual se construiría la nacionalidad colombiana. Los viajes de Ancízar y Codazzi a sitios arqueológicos como El Infiernito y San Agustín, respectivamente, no son tanto intentos científicos formalizados y estructurados de estudiar el pasado, como propuestas de apropiación del paisaje arqueológico integrado a la naturaleza y la nacionalidad. Ninguno de ellos participó activamente de un programa de estudio de monumentos como el que había propuesto Caldas, aunque Codazzi se tomó el trabajo de hacer un levantamiento topográfico en San Agustín y describió algunas estatuas. Los sitios fueron inevitablemente interpretados como recintos sagrados, donde una elite misteriosa llevaba a cabo prácticas de un mundo irreductible a la racionalidad occidental, incluso a la racionalidad nacional. Ese pasado no se conectó con el presente en términos históricos; los indígenas prehispánicos no eran nuestros ancestros. Sólo hacían parte de nuestra identidad en términos de las “huellas” que habían dejado en un paisaje patrio por apropiar.

Una relación más clara entre pasado y presente vendría a ser planteada cuando el criterio de raza, elaborado desde la Ilustración, se impuso entre muchos intelectuales colombianos a finales del siglo XIX. En las primeras décadas del siglo XX, autores como Miguel Triana en su libro *La civilización chibcha* y Juan Carlos Hernández en *Raza y patria*, retomaron la idea de que la historia prehispánica del país

era equivalente al aporte racial indígena. Aunque el estudio de razas en Europa fue cuidadosamente presentado en el marco de una objetividad científica y, por tanto, era cuantificable (las razas eran asociadas a aspectos morfológicos medibles, como la capacidad craneana), de nuevo en Colombia la apropiación de esa científicidad privilegió lo cualitativo. Las razas eran para Triana y Hernández la más pura expresión del medio. El Altiplano Cundiboyacense, para Triana, hacía las veces de *yunque* que inexorablemente lograba que la constitución biológica nativa fuera la más apropiada para sobrevivir. Los indígenas se identificaron con el inevitable futuro biológico del país. Para sustentar esa idea no era necesario el estudio científico del pasado. Bastaba la contemplación del presente marginado. La poesía y la narrativa serían mucho más importantes que cualquier estudio científico. La declamación de Triana al lado de los Cojines de Tunja (1928), es prueba de ello: no había necesidad de demostrar la gloria de un pasado indígena a partir de la ciencia. La gloria de los muiscas era evidente y demostrable en sus sobrevivientes. No necesitaba referentes externos, medidas o cantidades. No era ni medible, ni cuantificable ni rebatible. Simplemente estaba allí para contemplación de los colombianos.

Los inicios de la formalización en la arqueología colombiana: medir para conocer

Triana y Hernández fueron parte importante en el desarrollo del

indigenismo en Colombia, aunque no al inicio de una arqueología definida explícitamente como disciplina científica. En los cuarenta, sobre todo gracias al impulso de Paul Rivet, el pasado prehispánico vendría a ser apropiado por “expertos” y por lo tanto científicos. Schottelius (1946) describió lo que la mayor parte de sus colegas percibía como la agenda con la cual debían trabajar en esa época. La división del país en zonas arqueológicas (Quimbaya, Calima, etc.) se consideró como un aporte fundamental al estudio del pasado. Pero existían algunas cosas que esos mapas no ayudaban a comprender. Daban una idea bastante buena de los “tesoros artísticos” de cada una de las regiones, pero no de sus relaciones mutuas, ni de su posición cronológica.

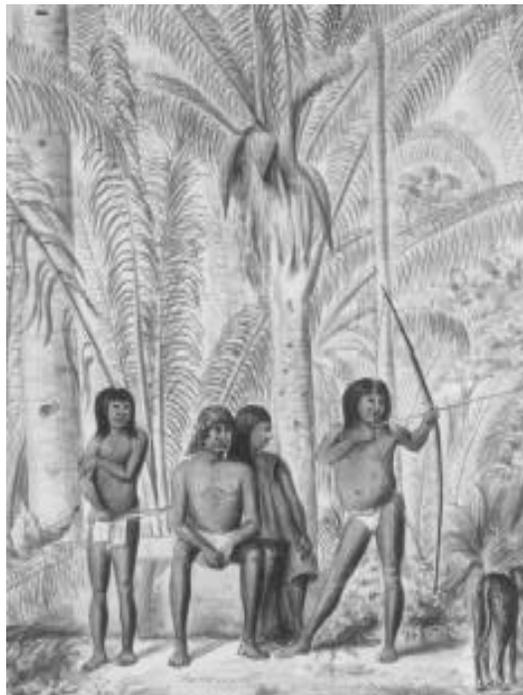
Los problemas que los “mapas arqueológicos” no solucionaban debían enfrentarse de la siguiente forma. El tema de las relaciones entre regiones debería ser enfocado desde la perspectiva del método *histórico-cultural*. El de la cronología se debería enmendar con excavaciones estratigráficas y comparaciones controladas entre materiales provenientes de una región con una cronología clara y regiones donde no se hubiera establecido una secuencia con la misma seguridad. La mejor manera de comprender cuál región había influido sobre cuál otra consistía en identificar rasgos característicos que pudieran ser comparados. Estos rasgos, a su vez, permitían la comparación de “conceptos mentales” con otras regiones donde también se pudieran identificar. Aquel lugar donde se pudieran encontrar las formas más

sencillas se podría identificar como el lugar de “origen” de los rasgos culturales. Este es un primer intento de formalización científica de la arqueología colombiana. Sin embargo, en lugar de adquirir un formato cuantitativo, adoptó un esquema cualitativo, hasta cierto punto basado en la experiencia explícitamente subjetiva del investigador.

Por primera vez se consideró seriamente que la arqueología estudiaba *objetos*, aunque su pretensión legítima fuera ir más allá de ellos. Arqueólogos como Hernández de Alba y Pérez de Barradas consideraron que parte importante del trabajo del arqueólogo era excavar. La falta de “datos”, entendida como información que sólo se podría obtener excavando, se vio como la limitación más seria al avance del conocimiento. En este sentido vale la pena destacar que el principal vacío de la arqueología colombiana eran los “huecos” de información que le impedían llegar a identificar todas las zonas arqueológicas del país. Por lo tanto, era necesario emprender estudios “detenidos en yacimientos” de acuerdo con “arreglo a la técnica estrictamente científica”.

Algunos arqueólogos se quejaron en esta época de la tradición poética y narrativa de la ciencia colombiana, tradición que se denominó de “lira de siete cuerdas”. La arqueología de la “lira de las siete cuerdas” se asoció a la falta de métodos rigurosos en la investigación científica. En esta época, la lógica del historicismo basaba la apropiación del pasado en la capa-

cidad de captar los significados en función de lo que se creía verdadero. Sucedió algo parecido a lo que Colmenares (1997) describe con la historia: se asumía que el registro arqueológico, comparable a un “texto”, hablaba por sí mismo y que su continuidad narrativa dependía de la disponibilidad de sitios arqueológicos adecuados. En esta época se introdujeron algunos de los planteamientos de Caldas: arqueólogos como Hernández de Alba o Pérez de Barradas fueron extraordinariamente puntillosos a la hora de medir, pesar y describir meticulosamente el registro. Pero la verdad, los *análisis cuantitativos* apenas se incluyen en sus trabajos. En cambio, lo que aparece reiteradamente como equivalente de lo “preciso” de la tarea científica es la *medida*. El registro de las dimensiones de los objetos del registro y del procedimiento científico de excavación estaban entonces a la orden del día como sinónimo del rigor y de la



Indios guahibos. Casanare, 1856

cientificidad del trabajo del arqueólogo. Desde luego, existió cierta insatisfacción con los resultados. Pero la solución fue también riesgosa, y de corte cualitativo: la interpretación de lo que no se podía leer en el registro arqueológico, que evidentemente era mucho, lo podría satisfacer la observación etnográfica, la cual evidentemente era de corte cualitativo. La tradición etnográfica se incorporó de lleno a la arqueología. De hecho, muchos de los arqueólogos renunciaron explícitamente a su disciplina con el fin de encontrar en el presente etnográfico una fuente de conocimiento no sólo sobre ese presente sino también sobre el pasado remoto.

Cuantificación y ciencia

El historicismo de la arqueología colombiana fue retado a finales del siglo XX por corrientes positivistas basadas en la arqueología procesual. Éstas se inspiraban en la filosofía analítica y en particular en el esquema de leyes generales y explicación causal propuesto por el filósofo Carl Hempel. Los arqueólogos debían aceptar que el registro arqueológico está en el *aquí* y en el *ahora*, es decir en el presente. Aquí la visión historicista, contemplativa, no tenía cabida. Quien estudia un sitio arqueológico no estudiaba el pasado, sino una serie de manifestaciones materiales del presente. Para lograr un mejor conocimiento del pasado, los arqueólogos debían aceptar que en la medida en que no observan directamente sociedades, sino objetos, sus métodos eran

los de las ciencias naturales. Supuso que los arqueólogos tenían que utilizar una aproximación hipotético-deductiva, basada en la confirmación de generalizaciones en el registro arqueológico y el uso del método cuantitativo.

Los procesos de cambio social empezaron a ser entendidos no como la reconstrucción de una secuencia progresiva sino como el estudio del contexto en el cual ocurren los cambios. No como la reconstrucción de patrones de cambio, sino como la investigación de los procesos que pueden explicar dichos cambios. Empezó a cuestionarse que la acumulación de información, y su formalización en forma de *medición*, fuera suficiente para saber más de las sociedades del pasado. Por el contrario, se retomó el valor del estudio cuantitativo, en forma estadística, del registro arqueológico.

De lo cuantitativo a lo cualitativo

La agenda de la llamada arqueología procesual fue criticada desde sus inicios. En la década de los cincuenta ya se había propuesto que las explicaciones históricas no se basan en leyes generales. Por el contrario, las explicaciones en las ciencias sociales no se podían separar del estudio de lo que para los actores es el proceder adecuado y de su intencionalidad. La búsqueda del sentido del acto humano, más que la lógica de las explicaciones hipotético-deductivas, exigía una nueva relación entre teoría y objeto. Uno de los problemas identificados tuvo que ver con el énfasis en métodos cuantitativos. Por el

solo hecho de formalizar en términos estadísticos, algunos arqueólogos pensaron que estaban haciendo “mejor ciencia”. La idea de que los métodos cuantitativos eran los únicos precisos y rigurosos, llevó a cierta formalización del análisis de datos, pero no a una mayor flexibilidad con respecto a la formalización teórica. Desde luego, se cuestionó que aplicar ciertas fórmulas estadísticas al razonamiento de los arqueólogos hiciera de la investigación algo más objetivo o cierto. Se criticó que la validez “científica” se midiera no por el avance en el conocimiento sustentado sino por la aplicación de la receta “deductiva” y la aplicación de métodos cuantitativos.

La reacción a la arqueología procesual abarcó desde la resistencia natural de algunos profesores, absolutamente ignorantes en métodos cuantitativos, hasta reflexiones más serias sobre las bases epistemológicas de la arqueología. Lo que parece unir las formas de ejercicio profesional después de la arqueología procesual es el énfasis que han puesto en que no se puede oponer la información a las teorías. Es decir, la idea de conseguir datos “objetivos” que sirvieran para confirmar o rechazar hipótesis, como si la información muchas veces no la generaran los propios prejuicios o éstos no dependieran de un contexto. Otro de los aspectos propios de la arqueología más contemporánea consiste en poner en duda la profunda diferencia entre aspectos culturales específicos y las generalizaciones válidas para distintos contextos culturales. Es el llamado a la reflexividad de los métodos cualitativos, pero en el plano teórico exclusivamente.

Para la arqueología positivista el problema se limitaba a aplicar las técnicas estadísticas a variables presumiblemente independientes que confirmaran hipótesis; ahora se admitieron las múltiples dimensiones que intervienen en la variabilidad cultural y por lo tanto en la dificultad de investigar “fenómenos independientes” entre sí o del mismo observador. Se enfatizó en los significados sociales que las personas asignan al mundo que los rodea y se admitió también que ese significado determina a su vez la acción (Taylor y Bogdan 1996). Lo que se vendría a llamar “aproximación contextual” al registro arqueológico invitaba a entender el significado de cada uno de esos múltiples e inseparables aspectos en cada cultura.

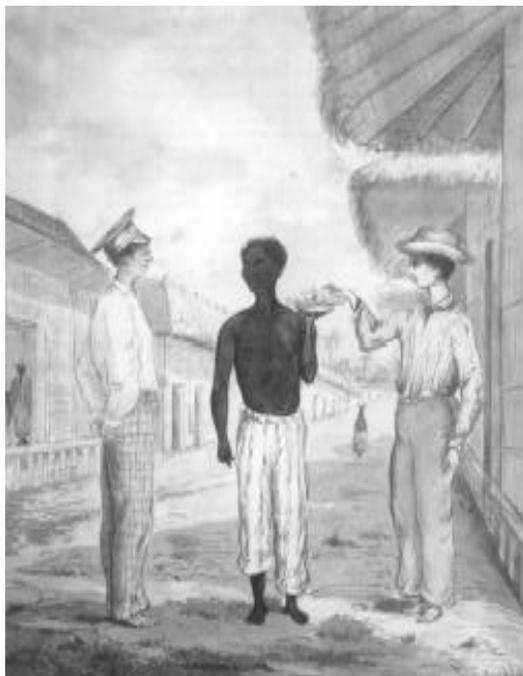
Métodos cualitativos vs cuantitativos

La crítica postprocesual a las corrientes procesuales, y con ella algunas de las principales características de los métodos cualitativos, son más compatibles con la tradición colombiana de hacer arqueología. Por eso, no es casual que la arqueología procesual tenga un limitado desarrollo en Colombia, mientras las corrientes postprocesuales estén floreciendo. Criticar los métodos cuantitativos en este país hace parte de una tradición de las elites que nunca se han interesado por procesos evolutivos, ni por un estudio del pasado basado en una ciencia rigurosa. La reacción a la arqueología cualitativa está más cerca de la tradición narrativa de las elites colombianas. Por eso es necesario reflexionar seriamente sobre el papel de los métodos cuan-

titativos y cualitativos. La “interpretación” arqueológica en Colombia realmente se ha basado hasta ahora en la aplicación de analogías etnográficas. Estas a su vez parten de un aspecto básico de la investigación cualitativa y de una falacia. El primero es la idea de que el etnógrafo es un receptor pasivo de información, poseedor de aquello que Van Mannen (1988) ha llamado la “doctrina de la inmaculada percepción”. La segunda, consiste en la idea de que las observaciones del presente etnográfico sirven para interpretar a sociedades del pasado, al cual aplanamos y uniformizamos en nuestras conciencias por ser “nativas”.

Evidentemente la aproximación cualitativa ha pecado en la arqueología colombiana, como la cuantitativa, de irreflexiva. Los métodos cuantitativos, por otra parte, han reducido el problema del conocimiento arqueológico a la cuestión de “herramienta”, contribuyendo a la formalización en el análisis de datos y no de la teoría. Peca también de irreflexiva. Me atrevería a hacer una hipótesis arriesgada, y probablemente impopular. Si bien es cierto que existen tradiciones académicas que privilegian el esquema hipotético-deductivo basado en los métodos cuantitativos, en Colombia la tradición hegemónica de la arqueología ha sido más bien historicista, basada en la narrativa y la contemplación. La poesía y la narrativa de este país han hecho parte integral de la apropiación del pasado prehispánico tanto o más que la propuesta “científica” de la arqueología.

Es indudable que la única forma de resolver el problema consistirá en la evaluación seria de la forma como los métodos cualitativos y cuantitativos se puedan integrar. La forma que esa integración adquiera es difícil de predecir. Sin duda se tratará de paradigmas más reflexivos de los que fue capaz de ofrecer la arqueología procesual.



Calle de Quibdó. Chocó, 1853

Pero también de algo más riguroso que una simple alarma postprocesual sobre la “complejidad del mundo” y las ya trilladas acusaciones de científicidad deshumanizante y hegemónica en contra de los métodos cuantitativos. La utilidad de los métodos cualitativos en la arqueología no puede seguir siendo exclusivamente campo de la reflexión teórica. No solo porque en ninguna disciplina puede serlo, sino porque en el caso concreto de la arqueología enfrentan una realidad de a puño. La empatía que se le exige al investigador con su objeto de

estudio no la puede hacer con la sociedad que quiere estudiar. De ella quedan vestigios materiales y no es posible hacer observaciones sobre la cotidianidad en los términos que se precian de alcanzar el sociólogo o el antropólogo. Por eso la discusión de los métodos cualitativos no se ha dado donde precisamente debía darse: como cuestión de método, aplicado al estudio concreto del pasado.

El llamado a la reflexibilidad entre los arqueólogos se desajusta en varios niveles (Shanks y Hodder 1998). Uno, sirve para entender la relación entre el pasado y el presente; otro, para comprender nuestra propia sociedad; finalmente, otro más que se refiere a la propia comunidad científica. Los últimos años han sido especialmente productivos en lo que se refiere a los dos últimos. Pero el reto más importante, o por lo menos uno que no se puede descuidar, si se trata de contribuir al estudio del pasado, es el primero. Nadie duda de que la reflexibilidad será importante en el mundo en el cual actúan los arqueólogos, y que eso es importante porque al fin y al cabo es desde el ahora que se pretende conocer el pasado. Pero además existe el reto de que los arqueólogos puedan demostrar que esos métodos pueden contribuir al estudio del pasado y no sólo de la forma como se genera en nuestros días en un país y comunidad académica particulares.

Y mucho dependerá también de remediar el problema contrario: que los métodos cuantitativos, además de rigurosos, y que sin duda tienen la virtud de encauzarse ha-

cia el estudio del pasado, no se sigan tomando como una simple herramienta, una “caja negra” basada en una racionalidad paradigmática, sino también como expresión de la teoría, capaz por lo tanto de ser tan reflexiva como los métodos cualitativos reclaman serlo. El problema de la arqueología, y sospecho que también del resto de las ciencias sociales, no es la aplicación métodos cuantitativos. Ni esos problemas se resolverán con la aplicación indiscriminada de los métodos cualitativos. Es obvio que ambos tienen un espacio ganado. La más grande limitación será, como afirma Cowgill (1990), el pobre desarrollo de la teoría sociocultural.

Bibliografía

- COLMENARES, Germán, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía Hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo-Colciencias-Universidad del Valle, 1997.
- COWGILL, George L., “Formal approaches in archaeology”, en: *Archaeological thought in America*, C.C. Lamberg-Karlovsky ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp.74-88.
- . Distinguished Lecture in Archaeology: Beyond Criticizing New Archaeology. *American Anthropologist*, 95 (3), 1993, pp.551-573.
- CROSBY, Alfred W., *La medida de la realidad - La cuantificación y la sociedad occidental 1250-1600*, Barcelona, Crítica, 1998.
- HERNÁNDEZ, Juan Carlos, *Raza y patria*, Bogotá, Editorial Dulima, 1931.
- LANGEBAEK, Carl Henrik, *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y poder*, Bogotá, Colciencias (manuscrito en prensa), 2003.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998.
- MILES, Matthew B. y A. Michael Huberman, *Qualitative Data Analysis*, London, Sage Publications, 1994.
- SHANKS, Michael y Ian Hodder, “Processual, postprocessual and interpretative archaeologies”, en: *Reader in Archaeological Theory. Post-Processual and Cognitive Approaches*, London, Routledge, 1998.
- SCHOTTELIUS, Justus, “Estado actual de la arqueología colombiana”, en: *Boletín de Arqueología* 11, 1946, pp. 201-12.
- TAYLOR, S. J. y R. Boyden, *Introducción al método cualitativo de investigación*, Barcelona, Paidós, 1996.
- TRIANA, Miguel, “Los cojines del Zaque” conferencia leída en las piedras así llamadas, 1928, en: *Boletín de Historia y Antigüedades*, 1979, pp.297-300.
- . *La civilización chibcha*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1970.
- VAN MAANEN, John, *Tales of the field: on writing ethnography*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.
- WIMMER, Roger y Joseph DOMINICK, *La investigación científica de medios de comunicación social*, Barcelona, Bosch Casa Editorial, 1996.



Tipos de la provincia. Medellín, 1852